

ser amigo de Dmitri, ese amor activo se mostraba en los ojos, en las palabras, en los gestos de Sofía Ivanovna.

Hasta mucho más tarde no pude apreciar enteramente lo que valía Sofía Ivanovna, y entonces vínome al pensamiento esta pregunta: Porqué Dmitri, que trata de comprender el amor de muy otro modo de cómo lo comprende la generalidad de las gentes y que ha tenido siempre ante los ojos á esa buena y amante Sofía Ivanovna, se enamoró tan apasionadamente de la extraña Lubov Sergueievna, sin conceder á su tía más que *buenas cualidades*? Cuán cierto es que nadie es profeta en su tierra! Una de estas dos cosas: ó hay en cada hombre más maldad que bondad, ó bien el hombre es más accesible á lo malo que á lo bueno. No hacía mucho que conocía Dmitri á Lubov Sergueievna, y en cambio había sentido sobre sí desde su nacimiento el amor de su buena tía.



XXV

Mis conocimientos se ensanchan

CUANDO volví á la galería no hablaban de mí ciertamente, como yo había supuesto; pero Varenka no leía ya, y, puesto el libro de lado, discutía calurosamente con Dmitri, quien, dando grandes pasos, hacía casi sin parar su habitual gesto como para arreglarse la corbata y guiñaba cada vez los ojos. El asunto de la querrela era Ivan Iakovlevitch y la superstición, pero me pareció que lo hacían con calor excesivo para que la verdadera causa de la discusión, la interna, no fuese algún asunto que tocaba mucho más de cerca á la familia. La princesa y Lubov Sergueievna guardaban silencio, pero seguían con interés la discusión y hasta, de vez en cuando, parecía que iban á tomar parte en la disputa, pero acababan por no abrir la boca, dejando la una que hablase por ella Varenka, y la otra, Dmitri. En el momento de entrar Varenka me miró con la más completa indiferencia, siendo evidente que la discusión le tenía totalmente preocupada, sin que le importase gran cosa que pudiese oír ó no lo que decía. La mirada de la princesa, que evidentemente estaba de parte de su hija, tenía la misma expresión indiferente. Pero Dmitri en mi presencia se puso á discutir aun con mayores ardores, y Lubov Sergueievna pareció toda asustada al verme llegar, pronunciando, sin dirigirse particular-

mente á nadie, estas palabras: «Los antiguos decían verdad: Si la juventud supiese, si la vejez pudiese!»

Pero esta sentencia no puso fin á la discusión, ni mucho menos, y aún me dió á entender que la razón no estaba precisamente del lado de Lubov Sergueievna y de mi amigo. Aunque un poco cohibido por asistir involuntariamente á esa pequeña querrela íntima, me era no obstante muy agradable ver así como al descubierto las



verdaderas relaciones de esta familia, halagándome al mismo tiempo ver que mi presencia no les impedía explicarse.

Sucede con frecuencia que tratáis mucho tiempo á una familia, durante años enteros, y la veis siempre bajo el mismo aspecto uniforme y mentiroso de las conveniencias, mientras que las verdaderas relaciones entre sus diversos miembros continúan siendo para vosotros un misterio, y aún he observado que cuán más hermoso y más impenetrable es este aspecto externo de la familia, más groseras son las íntimas relaciones que esconde. Pero sucede un día, impensadamente, que en la intimidad de esa familia surge una cuestión cualquiera, que parece y es de veras insignificante; se discute si tal ó cual señora es morena ó es rubia, ó bien si son más ó menos hermosos los cabellos de un amigo, y entonces, sin causa

aparente, la discusión se hace de pronto ardorosa, se rasga el velo tras el cual se encubrían y quedan al descubierto sus verdaderas é íntimas relaciones, haciéndoos comprender de pronto cuán engañado habíais vivido. A veces resulta mucho menos doloroso darse un gran golpe contra la pared que poner siquiera el dedo en el lugar sensible. Este punto doloroso y suprasensible lo tiene casi toda familia. En la familia de los Nekhludov, este punto sensible era el amor extravagante de Dmitri por Lubov Sergueievna, amor que excitaba en la hermana y en la madre, si no un sentimiento de celos, al menos una especie de íntimo disgusto. He aquí porque la discusión sobre Ivan Iakovlevitch y sobre la superstición tenía para todas ellas una tal importancia.

—Precisamente en aquello de que todo el mundo se burla y menosprecia—decía Varenka con voz sonora, pronunciando distintamente cada palabra—es en lo que tratas tú de hallar siempre algo esencialmente hermoso ó bueno.

—En primer lugar, sólo una persona *muy ligera* puede hablar de menosprecio con respecto á un hombre tan extraordinario como Ivan Iakovlevitch,—contestó Dmitri volviendo bruscamente la cabeza hacia el lado opuesto al en que estaba su hermana—y en segundo lugar, tú eres quien se esfuerza en no ver la bondad que tienes delante de los ojos.

Vuelta también á la galería Sofía Ivanovna, de vez en cuando dirigía sus miradas, en que se pintaba el horror por lo que estaba oyendo, tan pronto á su sobrino como á su sobrina y aún á mí; y por dos veces, como si fuese á hablar, abrió los labios y suspiró profunda y penosamente.

—Varia, vuelve á tu lectura, ruégote,—hizo al fin tendiéndole el libro y acariciándole tiernamente la mano.—Quiero saber si la encontré finalmente...—Paréceme que en la novela no se trataba por cierto de nada que se pareciese á esto.—Y tú, Mitia, harías mucho mejor tapándote la cara, amigo mío, pues hace fresco y te dará otra vez el dolor de muelas,—dijo á su sobrino, á pesar de la mirada de rencor que éste le dirigió, sin duda por haber interrumpido la conclusión lógica de sus demostraciones. Y la lectura continuó.

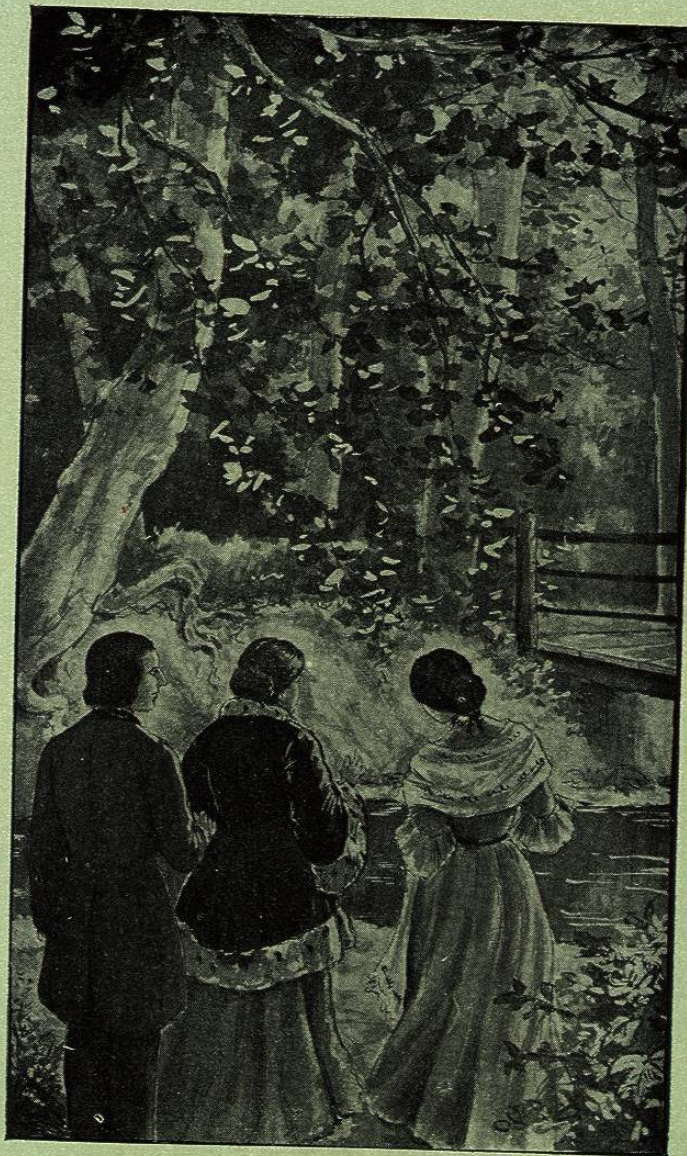
La verdad es que esta pequeña disputa no turbó lo más mínimo la tranquilidad de la familia, ni la razonable concordia que reinaba evidentemente entre todos aquellos seres.

El círculo familiar que formaban y al cual María Ivanovna daba visiblemente el tono, ofrecía para mí un carácter enteramente nuevo, atrayente, razonable y al mismo tiempo sencillo y elegante.

Este especial carácter me entraba por los ojos con lo bello y lo limpio y confortable de los objetos que tenía á la vista, los muebles, el decorado de las paredes, las encuadernaciones de los libros, y también se descubría en el talle elegante de la princesa, en los rizos de cabellos grises que se le escapaban de la cofia, en la manera de llamarme tan sencillamente, ya en nuestra primera entrevista, *Nicolás á secas*; en sus mismas ocupaciones, labores, lectura de libros escogidos, y sobre todo en la blancura extraordinaria de las manos de todas ellas. Pero lo más característico era su modo de hablar el francés y el ruso, en las tres igual, pronunciando distintamente cada letra, terminando con la mayor exactitud cada palabra y cada proposición. Todo esto y el hecho de que se me tratase con franqueza, tomándome en serio, como si fuese ya una persona mayor con la cual se cambian impresiones acerca de cosas interesantes, me era tan poco habitual que, á despecho de mis botones dorados y de mi cuello azul, á cada punto estaba temiendo que me dijese alguno: «Pensáis acaso que se os habla en serio? Id á la escuela todavía». Todo eso juntamente producía en mí un tan extraordinario efecto, que en medio de todas aquellas mujeres me sentía tan completamente dueño de mí mismo que, sin cortedad de ninguna clase, me levantaba, me sentaba, iba de una parte á otra, hablaba con todas ellas con el más absoluto aplomo, menos con Varenka, á la verdad, pues me parecía inconveniente hablar á una joven con excesiva familiaridad en una primera visita.

Mientras duró todavía la lectura, escuchando su voz sonora, agradable, y mirándome ahora á la joven, ahora dirigiendo la vista á los caminos enarenados del jardín en los cuales la lluvia iba formando pequeños charcos de agua turbia, ahora contemplando los lejanos tilos cuyas hojas recibían las escasas gotas de lluvia que se desprendían del borde de las nubes que se confundían allí con el azulado tinte de la parte del cielo que estaba despejada; mirándome de nuevo á Varenka, ó bien fijando los ojos en los últimos y rojizos rayos del sol poniente que doraban las copas de los mojadados árboles, y mirando á Varenka otra vez, iba pensando que no era ciertamente tan fea como me había parecido al principio, y aún llegué á meditar sobre esto:

«Lástima que yo esté ya enamorado y que Varenka no sea Sonitchka! Cuánto me gustaría llegar á ser un miembro de esta familia, pues así, de un solo golpe, me haría con una madre, una tía y una esposa!» Mientras esto pensaba, miré fijamente á Varenka que estaba leyendo, y se me ocurrió la idea de que estaba magnetizándola y que había de mirarme... En efecto, Varenka levantó los



TOLSTOI.—LÁM. IX

ojos del libro, me miró y habiendo cruzado la suya con mi mirada, los bajó de nuevo.

—No cesa la lluvia todavía,—dijo.

Y súbitamente experimenté una extraña sensación, recordé con la más absoluta claridad que lo que sentía en aquel momento era la repetición exacta de otro momento igual, que había sentido no sabía cuándo ni dónde. El medio era el mismo, caía también una finísima lluvia, poníase el sol tras un bosque de tilos, yo la miraba á *ella* y *ella* leía; la magnetizaba y *ella* levantaba los ojos... como si todo exactamente hubiese ya sucedido una primera vez.

«Significará esto que Varenka es *ella*?» pensé. Es que está aquí el comienzo de mi verdadero amor?»

Pero enseguida decidí que no era *ella*, y que no se trataba de ningún comienzo. «Primeramente, porque no es hermosa, ni han venido mis relaciones con *ella* de un modo extraordinario—esta circunstancia era indispensable;—además, esta familia me gusta tanto ahora porque no conozco ninguna otra, y sin embargo, hay otras muchas familias semejantes á ésta, como las habré de encontrar sin duda durante el curso de mi existencia».